

MEDITACION.

QUE CUESTA MENOS SALVARSE QUE PERDERSE.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay en toda la moral cristiana error mas comun, ni mas generalmente extendido, que la falsa idea que se tiene de la virtud y del pecado. Concíbese aquella como una fruta toda erizada de espinas, y se figura á esta como una hermosa flor siempre brillante, lozana siempre, que exhala continuamente de sí una exquisita fragancia, y que puede siempre cogerse con la mayor facilidad; al mismo tiempo que la virtud no se la puede alcanzar sin lastimarse, sin sudor y sin fatiga. Como estas preocupaciones solo se consultan con los sentidos, estos nada pueden responder que no las fomente; porque la virtud siempre se presenta con un aire humilde, modesto y mortificado. En la escuela de la virtud solo se habla de violencias que se han de hacer, de pasiones que se han de domar, de cruces y de trabajos que se han de sufrir. Estas lecciones claro está que no agradan al amor propio, ni á un corazon tierno y poco experimentado. No es maravilla, pues, que la vida cristiana, la vida santa retraiga y atemorice, sobresaltando á los sentidos; cuando al contrario en la vida tibia, imperfecta y licenciosa todo lisonjea, todo se adapta á las pasiones, todo es muy del gusto del amor propio. Confieso que todo esto es verdad, si se ha de hacer juicio de la vida cristiana y de la vida desarreglada por solas las apariencias, y que están muy acordes con la experiencia este concepto y estas preocupaciones. Pero si el juicio se ha de arreglar á la fe, y aun á la razon natural, no hay cosa mas falsa que esta idea. Consultemos lo que nos dice el Espíritu Santo en la Escritura; oigamos lo que nos enseña el mismo Jesucristo, y

palparemos la falsedad de estas preocupaciones, que se han hecho tan comunes. Oye lo que el Espíritu Santo pone en boca de los impíos, de esos idólatras de sus gustos, de esos esclavos de sus pasiones: *Erravimus à via veritatis*: descaminados hemos andado en el camino de la verdad. Ahora que se disiparon las tinieblas, ahora que se deshizo el encanto, ahora que se desvaneció la ilusion, y ahora que discurremos sin preocupacion y con serenidad, lo vemos, lo palpamos claramente. Apartámonos del camino de la salvacion. Entregámonos á nuestros apetitos; dimos contento á nuestros sentidos; dejámonos arrastrar del torrente de nuestras pasiones; abandonámonos al espíritu del mundo, y hé aquí que estamos condenados. ¿Y fué esto acaso por no haberse querido hacer alguna violencia, por haber seguido un camino ancho, fácil, llano y divertido? Oigamos lo que ellos mismos confiesan: *Lassati sumus in via iniquitatis, et perditionis*. ¡Ah que no! en lugar de tomar el camino mas fácil y mas llano, nos metimos en el mas áspero y en el mas dificultoso. Las entradas eran risueñas y floridas: pero luego que nos empeñamos en él, comenzaron á punzarnos por todas partes las espinas: *Ambulavimus vias difficiles*. En un solo mes padecimos mas que padecen los buenos por toda la vida: no la tuvo mas austera ningun religioso, ningun penitente, ningun anacoreta; ¿qué sobresaltos en el corazon, qué inquietudes en el animo, qué despechos, qué violencias, qué sacrificios, qué servidumbres en el mundo, entre ese monton de libertinos, de disolutos, de falaces, de tramposos, de arrebatados y de vengativos! *Lassati sumus*, nos causamos, nos fatigamos, nos reventamos; ¿y para qué? para perdernos. *Talia dixerunt in inferno hi qui peccaverunt*: Esto es lo que dijeron en el infierno los pecadores. Pero ¿es entonces tiempo de conocer su locura?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no se explica menos claramente el Hijo de Dios sobre esta importante verdad. Quiero enseñaros, dice á sus apóstoles, una verdad que el mundo no puede comprender; esta es, que *mi yugo es suave y mi carga ligera*. Dejadlos decir lo que quisieren á aquellos que ignoran las verdades experimentales de mi doctrina. Exagéranse mucho en el mundo las imaginarias dificultades que se figuran voluntariamente en mi servicio: las almas cobardes, los corazones libres y estragados estan persuadidos, y pretenden persuadir á otros que no hay cosa mas dura, mas triste, ni mas ardua que servirme: quieren creer, y quieren tambien que otros lo crean, que cuesta horrores esto de salvarse uno; pero yo, dice Jesucristo, afirmo todo lo contrario: digo que no hay consuelo igual ni comparable con el que se gusta en mi servicio: digo que mucho mas padecen los pecadores para condenarse, que mis fieles siervos en los mayores rigores de sus voluntarias penitencias. Pégase á los que están en mi servicio aquella misma dulzura del Señor, á quien generosamente sirven: *Discite à me quia mitis sum*. Es cierto que las pasiones son los tiranos del corazon del hombre; ¡y de estos tiranos ha de esperar el pecador sus gustos y su felicidad! Desengañémonos: las pasiones mas lisonjeras, aun aquellas mismas que segun el espíritu del mundo son las dichosas, no dejan de ser pasiones, y por consiguiente copioso, inagotable manantial de inquietudes, de zelos, de temores, de odios, de venganza, de turbacion, de sobresaltos, de lágrimas y de pesadumbres. Se disimula, es verdad; mas no por eso está el corazon menos oprimido, menos despedazado, ni menos afligido. Sirvese al mundo, y piérdese el pobre hombre en su servicio. Pero ¿dónde hay mas dura servi-

dumbre que la del mundo? En un solo dia se hace un cortesano mas violencia, se vence mas y tiene mas que sufrir en la corte, que un siervo de Dios en el discurso de un año. Aun en medio de las mayores diversiones, ¡cuánto hay que reprimirse, cuánto que contenerse, cuánto que mortificarse! No suelen ser los mas serenos, ni los mas tranquilos los dias de mayores fiestas y de mayores pasatiempos. Mujeres del mundo, hombres de negocios, gentes divertidas, ¿no se os pudiera llamar con mayor verdad gentes disgustadas, gentes esclavas, y gentes dignas de la mayor compasion? ¿Cómo es posible que dejeis de envidiar, á pesar de vuestra altanería y de vuestro estudiado disimulo, á aquellas almas santas, á aquellas almas tranquilas y bienaventuradas, que ya comienzan á gozar anticipadamente desde esta vida destellos de los gozos celestiales? No por cierto, no aguardais á veros en el triste lecho de la muerte para tener envidia á la suerte de los buenos. Hay cruces, hay trabajos en todos los estados de la vida, hay adversidades, hay aflicciones; pero ¿acaso están exentos de ellas los pecadores en el suyo? ¡Ah! que sienten vivisimamente su amargura, al mismo tiempo que los siervos de Dios saben el secreto de hacer las suyas no solo meritorias, sino dulces y agradables. Cuando no tuvieran mas que una esperanza tan bien fundada de recibir el premio cien veces doblado, esta solo seria mas que bastante para endulzarles lo mas amargo de todas las aflicciones. Confesemos, pues, que hay mucho mas que violentarse, mucho mas que sufrir, mucho mas que padecer, y mucho mas que devorar para condenarse y para perderse, que para salvarse.

Haced, Señor, que todas estas reflexiones tan verdaderas, tan justas y tan convincentes, me acaben de desengañar de los falsos gustos de esta vida, y de

disipar todos mis vanos temores. Grande es mi dolor y mi arrepentimiento, por haber vivido tanto tiempo tan miserablemente engañado.

JACULATORIAS.

Beati immaculati in via, qui ambulant in lege Domini.
Salm. 118.

Son bienaventurados y felices en esta vida los que guardan fiel y exactamente la santa ley del Señor.

Dicis : Quòd dives sum, et nescis quia tu es miser.
Apoc. 3.

Piensas, pecador, que eres feliz, porque eres rico, y no sabes, pobre necio, que eres un hombre miserable.

PROPOSITOS.

1. Estando ya tan convencido de una verdad tan esencial, procede conforme á ella de hoy en adelante. Vive muy persuadido de que cuesta mas trabajo perderse que salvarse, y haz lo posible para persuadir lo mismo á todos, mas con tus obras que con tus palabras. Guárdate bien de dejarte vanamente espantar de estos términos de recogimiento, de mortificacion, de cruz, de penitencia y de refiro. Solamente las almas flacas y cobardes, los entendimientos limitados y poco cristianos se dejan amedrentar de la corteza, sin haber tomado el gusto á la sustancia. Entrégate á la virtud : date á una vida cristiana : al principio será menester un poco de constancia y de resolucion para vencer las primeras aprensiones ; pero no te asuste el vano terror de los sentidos, ni des oidos á los lijeros miedos del amor propio. Alborótanse á los primeros pasos las pasiones, pero se las doma con mas facilidad de lo que se piensa ; y está seguro de que la gracia al cabo lo vence todo.

2. Emprende el camino de la virtud con toda resolucion : mira que el demonio solo es insolente y atrevido con los cobardes : para desarmarle basta una resolucion firme, y una determinacion animosa. Si á los principios te muestras tímido ; si este fiero enemigo de la salvacion reconoce en tí la menor pusilanimidad ó desconfianza, te hará la guerra á sangre y fuego. Lleno de confianza en la bondad del amo á quien sirves, y en el poder de su divina gracia, ataca tú mismo al enemigo dentro de sus propias trincheras. No hay criatura mas cobarde que el demonio en presencia de una alma verdaderamente cristiana.

SAN ANTONINO, MÁRTIR.

En medio de las intrincadas dificultades á que está sujeta la historia de san Antonino, dificultades de que hasta ahora no ha podido desembarazarse, ni la crítica mas fina, ni la erudicion mas copiosa, seria una temeridad ó pretender mejor suerte en la relacion de sus hechos, ó intentar aclarar las dudas de que hasta ahora ninguno se ha desembarazado. La principal causa de esta confusion es un poderoso motivo de consuelo para los que se ejercitan en esta espiritual leyenda. La diversidad de martirologios que hacen mencion de un san Antonino ; las muchas provincias é iglesias en que se sabe haberse celebrado su memoria, y los muchos altares en donde se han venerado sus sagradas reliquias, han sido otras tantas causas para dudar si han sido uno ó muchos los santos celebrados con el nombre de Antonino, y aun en el caso que sea uno, si este se debe adjudicar á España, Francia ó Siria. Pero esto mismo, que da tanto trabajo á la crítica, y tanto descensuelo á la curiosidad humana, le sirve á la piedad de una gran satisfaccion.

De luego á luego se persuade que realmente ha existido un verdadero siervo de Dios, que manifestó su caridad testificándola con su sangre, ya que en las iglesias del cristianismo ha sido inmemorial y muy extendido su culto. Esto le basta para leer con confianza sus ejemplos, ensalzar la gloria de Dios en la manifestacion de sus dones, y acallar los gritos de la vana curiosidad cuando quiera levantarse contra la sencilla devocion. Lo que no podemos dudar los españoles es que la iglesia de Palencia venera á san Antonino por patrono, y se honra con sus reliquias, cuya traslacion celebra el día 18 de mayo. Igualmente es cierto que celebra esta festividad toda la iglesia de España, cuya respetable autoridad es suficiente motivo para que, en medio de las muchas dificultades que ofuscan la historia de san Antonino, se repunte por un medio seguro de ofrecer á la piedad de los fieles aquella historia del santo que tiene adoptada la iglesia de España en su rezo, y es la siguiente:

Nació san Antonino de estirpe real, y su educacion en los primeros años de su vida fué correspondiente á la alteza de su linaje, comprendiendo entre las instrucciones humanas los conocimientos de la santa religion de Jesucristo. En los primeros años tuvo la desgracia de perder á sus padres, por cuya causa quedó en poder de un tío suyo llamado Teodorico, el cual reinaba en Tolosa, y residia en Pamia, lugar de la Galia Narbonense. En este pueblo tenia Teodorico á su sobrino, cuidando de que su educacion fuese correspondiente á los errados sentimientos de que él estaba poseido, que no eran otros que los del gentilismo. Como Antonino habia bebido de antemano las máximas de la religion verdadera, y estas habian echado profundas raices en su tierno corazon, no podia acceder á las supersticiosas instrucciones que se le daban de orden del rey. Adoraba á Dios oculta-

mente, empleándose con fervor en los piadosos ejercicios que prescribia la religion cristiana. Notaron esto los maestros y familiares que le rodeaban; y juzgando que no debian ocultar al rey una noticia de tanta trascendencia, le dieron parte de cuanto habian visto en el santo mancebo. Turbóse Teodorico; y sucediendo á sus primeros movimientos de turbacion los de la ira y la venganza, determinó castigar en Antonino los que á él le parecian extravios de su razon é infidelidad al cariño que le manifestaba. Previó el santo mancebo las funestas resultas del real enojo que le amenazaban; mas prefiriendo el bien de su alma y los intereses de la religion á todos los honores y grandezas del mundo, determinó abandonar el palacio de su tío, y huir adonde pudiese libremente adorar á Cristo crucificado. Fuése á Roma, y de allí á Salerno, en donde permaneció por espacio de diez y ocho años empleado en la contemplacion y rigores de la vida eremitica, en compañía de otros muchos varones doctos y virtuosos que allí mismo la profesaban. La ciencia que adquirió en este tiempo, y mucho mas las virtudes nada vulgares en que se ejercitaba, le prepararon para recibir los órdenes sagrados, haciéndose subdiácono. El verse consagrado á Dios y al servicio de su Iglesia de un modo tan á su gusto, movió su fidelidad á tan exacta correspondencia, que en nada pensaba, ni tenia otro ejercicio que el de su propia santificacion, y el de ganar para Dios las almas de sus hermanos.

A las grandes virtudes siempre las auxilia el cielo con su proteccion y sus maravillas. Verificóse esto en Antonino, pues desde aquel tiempo comenzó á resplandecer en el don de milagros, de manera que por su oracion se vencian á cada paso los impulsos de la naturaleza. Por la virtud que Dios habia puesto en sus manos cobraban á cada paso vista los ciegos.

oído los sordos, habla los mudos, sin haber enfermedad, por peligrosa é inveterada que fuese, que pudiese resistir á la superior fuerza de su oración. Aun los espíritus infernales que tiranizaban á muchos infelices, se veían precisados á dejar libres sus cuerpos, obedeciendo la poderosa voz de Antonino, que así se lo mandaba en el nombre del Señor. En medio de los continuos prodigios con que Dios hacia glorioso á su siervo, este, fiel siempre á su Señor, no olvidaba el ejercicio de las virtudes cristianas. Su vida era inocentísima, sus costumbres puras, y sus ocupaciones cuales convenian á un eclesiástico y á un ermitaño. Oracion continua, contemplacion de los divinos misterios, ayunos frecuentes y mortificacion de los sentidos para sujetar la carne á la obediencia de la razon : tales eran las ocupaciones en que distribuía su vida en el retiro de la soledad. Pero como sabia que no es buen siervo el que recibiendo el talento le conserva escondido sin exponerle á ganancias, procuraba emplear los que el Señor le habia comunicado en provecho y salud de sus prójimos. Dejaba su amada soledad para ejercer el ministerio de la predicacion, advirtiéndole á los hombres sus errados caminos, y mostrándoles la senda segura por donde podrian conseguir su felicidad verdadera. Predicaba igualmente contra la gentilidad y contra todo género de errores, sin que el miedo pudiese frenar á su lengua, ni prefriese su vida á los soberanos intereses de la verdad. Una de las cosas que mas deseaba en este mundo era verter su sangre en defensa de la religion; y este deseo, al mismo tiempo que le hacia solícito de la salvacion de las almas, le daba intrepidez para predicar á todo riesgo las sacrosantas verdades. Sacrificaba con todo gusto á este santo ministerio toda su comodidad, sin reparar en padecer hambre, sed y cansancio, siempre que consiguiese cumplir exactamente las obligaciones de su minis-

terio. Dios mismo cooperaba por su parte á este mismo fin con portentos y maravillas; pues, hallándose en cierta ocasion predicando en un sitio tan árido y desprovisto, que perecian de sed él y sus oyentes, levantó los ojos al cielo, é hiriendo la tierra con el báculo en que se apoyaba, brotó al instante una fuente copiosa con que apagaron la sed el santo y cuantos le acompañaban.

Algunos años despues de haberse ejercitado en este santo ministerio volvió á su patria, en donde fué recibido benignamente de su tío, que con el tiempo habia olvidado sus primeros resentimientos, y dado lugar á las pacíficas impresiones que hacia en su corazon el parentesco y la sangre. Poco tiempo le duró á Antonino esta paz, que, como fundada en causas terrenas, no podia ser duradera. Volviéronle á acusar de que era cristiano, llegando á persuadir á su tío que el profesar esta religion en su corte era un delito de lesa majestad, que debia castigar con toda la severidad de las leyes. Teodorico acojió tan bien esta delacion, que, sin reparar en los lazos con que le unia la naturaleza á su sobrino, le mandó encerrar en un oscuro calabozo, cargándole de cadenas y de grillos, y negarle todo alimento, para acabar de este modo una vida que él reputaba por la afrenta de su corona. Siete dias permaneció el santo sufriendo este terrible tormento, al cabo de los cuales, considerando el rey que ya estaria muerto, bajó á la cárcel en persona para certificarse por sus propios ojos de que ya estaba acabada la causa de sus sentimientos. Pero ¡oh cuánto se engañan los hombres cuando quieren medir las fuerzas de la Omnipotencia por las ideas de su corazon! Cuando pensaba encontrar muerto á Antonino, consumido de sed y de hambre, halló que estaba bueno y robusto, superando la gracia todas las fuerzas de la naturaleza. Aun halló mas, pues en-

contró dentro de la cárcel á un jóven noble, llamado Almaquio, de los mismos sentimientos y religion que Antonino, al cual estaba aliviando el peso de las cadenas, cargándolas sobre sí mismo. Este espectáculo, que debiera excitar en el alma del rey los mas vivos sentimientos de compasion y de humanidad, produjo todo lo contrario. Irritóse sumamente viendo esto, y sin consultar á otra cosa que á los movimientos de la ira, mandó precipitar á Almaquio desde una alta roca, y cargar á Antonino con prisiones mas molestas y pesadas. Mientras el santo padecia en la cárcel por amor de Jesucristo, se le ofreció á Teodorico la precision de asistir á una guerra, en la cual castigó Dios su inhumanidad y perfidia con una violenta muerte. El jóven Almaquio, que habia sido precipitado, se encontró sano y sin lesion, guardando Dios milagrosamente su vida en premio de su fe y de su constancia. San Antonino recibió tambien una recompensa semejante de sus trabajos; pues repitiendo el cielo la maravilla que habia ejecutado en otros tiempos con el príncipe de los apóstoles, envió un ángel que rompiese las cadenas que le oprimian, y le sacase libre de la cárcel. Viéndose Antonino favorecido con tan gran milagro, cobró nueva confianza, y comenzó á predicar la fe de Jesucristo con la misma actividad y fervor que antes lo habia practicado.

Muerto Teodorico, sucedió en el reino Gesaleyco, que era tambien pariente de nuestro santo, y no menos impio y terrible que su antecesor. Apenas subió al trono, comenzó á perseguir el nombre de Jesucristo con la mayor crueldad, por cuya causa, viendo algunos piadosos varones que la vida de Antonino corria mucho riesgo, procuraron inducirle á que se salvase con la fuga, como en efecto lo hizo. Fuése á una soledad, en donde tuvo el consuelo de encontrar al jóven Almaquio, que ya anticipadamente habia elegido

aquel sitio para seguridad de su vida, y para dedicarse tranquilo á sus ejercicios fervorosos. Habia en este sitio una gruta, que se llamaba Oriental, y junto á ella una cristalina fuente que hacia el lugar muy delicioso y acomodado á la piedad de sus intentos. Permanecieron allí los dos santos solitarios bastante tiempo, apartados del bullicio del mundo, y ejercitándose en la alta contemplacion y en rigurosas abstinencias. La misma soledad colmaba sus corazones de seguridad tranquila, y les ofrecia multiplicados objetos en que considerar la grandeza de su Criador. Entre las delicias espirituales de que gozaban, tuvieron el consuelo de tener otro compañero llamado Juan, que era sacerdote, el cual habia ido á aquel sitio por inspiracion divina, para tener la dicha de ser mártir como sus dos compañeros. Esta ventura pareció nacida de una casualidad, pero no fué sino un profundo consejo de la divina Providencia. Registraban acaso los cazadores del rey aquellos lugares fragosos, buscando fieras para cebar la diversion de su monarca, cuando hé aquí que improvisamente encuentran á los tres santos. Repararon en ellos con cuidado, y habiendo reconocido á Antonino, dieron cuenta al rey, quien le mandó venir á su presencia. Luego que le tuvo delante, le habló de esta manera: *¿Qué locura se ha apoderado de ti, ó Antonino, que te hace olvidar de la nobleza de tu sangre, enloquecer á los hombres con los prestigios de esa tu religion, y poner en turbacion todo mi reino? Antonino, lleno de firmeza y serenidad, respondió estas palabras: Yo, ó Gesaleyco, no seduzco ni hago enloquecer á nadie, sino que predico á un solo Dios, del cual es todo reino é imperio; y de consiguiente obomino y detesto los dioses de madera y de piedra que tú adoras, como falsos y de ningun poder.* Esta valerosa respuesta encendió la ira del rey de manera que mandó que cortasen la cabeza á

Antonino y sus dos compañeros, y los echasen en el río llamado Aregia.

Ejecutado el mandamiento del rey, obtuvo nuestro santo un glorioso martirio, testificando con su sangre y la de sus dos compañeros la verdad de la religion de Jesucristo, y la nulidad de los dioses que adora la gentilidad. No quiso Dios que los cuerpos de sus santos mártires careciesen del honor debido; y así, habiéndolos buscado y hallado los cristianos, los colocaron en un honrado sepulcro. De estas reliquias posee la iglesia de Palencia la cabeza de san Antonino, juntamente con el hombro y brazo derecho, cuyo tesoro posee de tiempo inmemorial, siendo igual la veneracion que le tributan, como á su amado patrono, por los continuos beneficios que por su intercesion le dispensa el cielo. Entre estos se cuenta que, yendo una multitud de pueblo acompañando las reliquias del santo, oprimieron á un niño en los brazos de su madre, de manera que quedó sofocado y muerto. Lastimados todos del infausto acontecimiento, hicieron que tocase el niño las reliquias del santo, con la firme persuasion de que no quedaria burlada su fe. El resultado acreditó la solidez de sus esperanzas, pues apenas tocó el niño las sagradas reliquias, cuando inmediatamente cobró nueva vida, y volvió al seno de su madre perfectamente sano. La restauracion de la iglesia Palentina, y la reedificacion de la ciudad, fué efecto de los prodigios con que ha favorecido Dios aquel dichoso pueblo por medio de nuestro santo. Refiere el arzobispo don Rodrigo que, yendo el rey don Sancho de Navarra, llamado el Mayor, á divertirse cierto dia en el ejercicio de la caza, encontró un jabali, al cual persiguió con ánimo de matarle. Era en el sitio que habia tenido la ciudad de Palencia, que á la sazón estaba enteramente destruida y desierta. El feroz animal, viéndose perse-

guido, se refugió en una concavidad formada á manera de iglesia, dentro de la cual habia un altar dedicado á san Antonino, que habia podido burlar la devastacion de las guerras, el furor de los bárbaros y las injurias del tiempo. Amparóse el jabali de la estatua del santo, y habiendo llegado el rey, alzó el brazo para traspasarle con un venablo. No pudo ejecutar su intento, porque repentinamente se le quedó el brazo yerto, dando á entender el cielo con esta maravilla que disfrutaba su proteccion quien se acogia á la de Antonino. Este mismo pensamiento le vino al rey, quien, implorando la divina misericordia por medio de la intercesion del bienaventurado mártir, se halló repentinamente sano. De este milagro resultó la restauracion de Palencia; porque, agradecido el rey al beneficio que habia recibido de san Antonino, mandó reedificar de nuevo la ya arruinada ciudad, construir una iglesia sobre la concavidad ó gruta donde fué hallado el altar de san Antonino, y además consagrar un obispo, para que aquella iglesia no careciese de este honor. Era consiguiente manifestar otras liberalidades, en consecuencia de las ya referidas; y así hizo donacion al obispo y á la iglesia de toda la ciudad, con los términos que le pertenecian, añadiendo además algunas villas y otras posesiones de que goza la iglesia Palentina. En los tiempos posteriores no se han manifestado menos las maravillas del Señor, con que ha confirmado que san Antonino es un siervo fiel, y nuestro benignísimo patrono.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, santa Máxima, mártir, quien, habiendo confesado el nombre de Jesucristo á una con san Anscón, en la persecucion de Diocleciano, entregó santamente el espíritu al Criador cuando la estaban apaleando.

En Pamiers de Francia, san Antonino, mártir, cuyas reliquias se guardan con la mayor veneracion en la iglesia de Palencia del mismo reino.

En el mismo lugar, san Diómedes, san Julian, san Felipe, san Eutiquiano, san Hesiquio, san Leónides, san Filadelfo, san Menalipo y san Pantágapo, mártires, quienes merecieron la corona, unos por el fuego, otros en el agua, otros en la cruz, otros al filo de la espada.

En Nicomedia, san Zenon y sus hijos, san Concoradio y san Teodoro, mártires.

En dicho dia, el martirio de san Evodio, san Heronógenes y santa Calixta, hermanos.

En Leon de Francia, la fiesta de san Justo, obispo y confesor, varon dotado de admirable santidad y del don de profecia. Habiendo abdicado su obispado y retirándose á una ermita de Egipto con su lector Viador, vivió angelicamente; y habiendo llegado el digno fin de sus trabajos, fué á recibir del Señor la corona de justicia, la vispera de los idus de octubre, es decir, el dia quince. Con el tiempo su santo cuerpo y los huesos de su ministro san Viador fueron llevados á Leon en tal dia como hoy.

En el mismo lugar, san Elpido, obispo y confesor.

En la Marca de Ancona, san Lupedo, abad, cuyo cuerpo es poseido por la ciudad de su nombre.

En el monte San Oreste, san Nonoso, abad, quien con la eficacia de su oracion trasportó un enorme peñasco, brillando tambien con otros milagros.

En Aviñon, san Agripo, obispo, que habia sido monje de Lerins.

En Auvillers de Champaña, san Nivardo, obispo de Reims.

En Rimini, san Facundino, martirizado á una con dos hermanos y una hermana.

En Candia, san Cosmo de Creta, solitario.

En Alemania, el bienaventurado Geroldo, duque de Suavia.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue.

Omnipotens sempiterno Deus, qui hunc diem beati Antonini martyris tui solemnitate glorificas; exaudi preces populi tui, et præsta, ut quæ fideliter expetit, eo suffragante, consequi mereatur. Per Dominum nostrum...

O Dios omnipotente y sempiterno, que has querido ilustrar este dia con la solemnidad de tu bienaventurado mártir Antonino, dignate escuchar las súplicas de tu pueblo, y haz que por la intercesion de san Antonino merezca conseguir lo que desea su fe. Por nuestro Señor..

La epistola es del cap. 40 de la Sabiduria.

Justum deduxit Dominus per vias rectas, et ostendit illi regnum Dei, et dedit illi scientiam sanctorum: honestavit illum in laboribus, et complevit labores illius. In fraude circumvenientium illum, adfuit illi, et honestum fecit illum. Custodivit illum ab inimicis, et à seductoribus tutavit illum, et certamen forte dedit illi ut vinceret, et sciret quoniam omnium potentior est sapientia. Hæc venditum justum non dereliquit, sed à peccatoribus liberavit eum: descenditque cum illo in foveam, et in vinculis non dereliquit illum, donec afferret illi sceptrum regni, et potentiam adversus eos, qui eum deprimebant: et mendaces ostendit, qui maculaverunt illum, et dedit illi claritatem æternam, Dominus Deus noster.

El Señor ha conducido al justo por caminos rectos, y le mostró el reino de Dios. Dióle la ciencia de los santos, enriquecióle en sus trabajos y se los colmó de frutos. Asistióle contra los que le sorprendian con engaños, y le hizo respetable. Le libró de los enemigos, y le defendió de los seductores, y le empeñó en un duro combate para que saliese vencedor y conociese que la sabiduria es mas poderosa que todo. Esta no desamparó al justo cuando fué vendido, sino que le libró de los pecadores, y bajó con él á la cisterna; y no le desamparó en la prision hasta que le puso en las manos el cetro real, y le dió poder sobre los que le oprimian: convenció de mentirosos á los que le deshonraron, y le dió una gloria eterna el Señor nuestro Dios.